

Béisbol en el laberinto.
Formación del Estado, ciudadanías (no) disciplinadas
y trabajadores en el suroeste de Puebla

FRANCISCO JAVIER GÓMEZ CARPINTEIRO
FRANCISCO JAVIER SAUCEDO JONAPÁ*

INTRODUCCIÓN

LA LIGA DE BÉISBOL DE MEXICANOS en Nueva York, fundada desde 1985, llamó recientemente la atención a una periodista neoyorquina.¹ Le resultó interesante el ánimo con que participaban tanto los jugadores como la gente que se congregaba en torno a los encuentros deportivos. Observó que los partidos de béisbol reflejaban una alta capacidad organizativa en el Red Hook Park de Brooklyn. Mucho de lo extraordinario de esa Liga reside en el excelente nivel de juego de sus participantes, jóvenes que no entrenan ningún día por laborar largas jornadas como ayudantes de camareros, mozos de restaurantes, repartidores y albañiles. La Liga está compuesta por 32 equipos, cuyos nombres provienen de los lugares de origen de la mayoría de sus peloteros, ubicados en el suroeste del estado de Puebla, México. En esa región se fomentó antaño el béisbol y aún se pueden observar ligas bien organizadas, que generan formas de autoidentificación por pueblos, barrios o centros de trabajo.

En este artículo buscamos relacionar la práctica del béisbol con el nacimiento de la sociedad posrevolucionaria. Tratamos de vincular esa génesis

* Dirigir correspondencia al Posgrado en Sociología, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélaz Pliego”, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2 Oriente 410, Centro Histórico, C.P. 72000, Puebla, Puebla, México, tel. y fax: (222) 2295500, ext. 5707, e-mails panchog39@hotmail.com (Francisco Javier Gómez Carpinteiro) y fcosauce@hotmail.com (Francisco Javier Saucedo Jonapá).

¹ Michelle O'Donnell, 2006, “Diamonds in Their Hearts, and Ears”, *The New York Times*, <http://query.nytimes.com/gst/fullpage.html?>, consultado el 12 de septiembre de 2008.

con la creación de ciudadanías disciplinadas dentro de un proceso hegemónico. Gobernantes y agencias del Estado, directa o indirectamente, impulsaron, a través de este deporte y de la educación física, instrumentos apropiados para forjar un sentimiento de unidad nacional e impulsar el desarrollo social,² pero regional o localmente el béisbol proporcionó asideros a grupos subalternos para confrontar la dominación dentro de configuraciones particulares de poder. Esta apreciación histórica se complementa con la observación de la importancia que el béisbol tiene en el presente para entender disputas locales y formas de reagrupamiento colectivo en una época de grandes transformaciones globales.

El artículo toma el caso de la difusión del béisbol en la zona suroeste de Puebla. Este lugar se conforma por el contorno del río Nexapa y sus afluentes. Fue escenario a finales y principios del siglo XIX y XX de un proceso de modernización basado en la agricultura y la industria textil. En esa etapa la soberanía del Estado porfirista, destruida por la Revolución y en buena medida tejida alrededor de viejas alianzas entre clases dominantes y blancas, se dispersó en múltiples soberanías de comunidades locales y regionales asociadas a hombres fuertes.³

Ese espacio es magnífico para contemplar los efectos de las políticas de centralización del Estado posrevolucionario que, con expresiones verticales y autoritarias, buscaron crear una comunidad nacional basada en el mestizaje cultural. En este contexto, el béisbol representa un caso donde es posible observar las manifestaciones específicamente históricas de ese orden de dominación y la fragilidad de su puesta en práctica en ámbitos cotidianos y banales. Asimismo, el vistazo que damos al béisbol de mexicanos en ámbitos transnacionales, nos orienta sobre los términos en que trabajadores insertos en mercados de labor segmentados, buscan recrear principios para la reconstitución de sus subjetividades de clase, si acaso se piensa que estamos ante seres excluidos y políticamente pasivos.

El artículo sigue una perspectiva teórica marcada por una noción de Estado que destaca su naturaleza procesual e histórica. El Estado es un conjunto de prácticas y relaciones que organizan modos de vida y subjeti-

² Véase ARBENA, 1991, p. 352.

³ ALONSO, 2005, p. 41.

vidades a través de la sociedad.⁴ Por consiguiente, es un medio para desatar procesos de identificación y autoidentificación de sujetos y colectividades. No pretendemos en este trabajo delinear los modos en que surgen identidades plurales, fluidas y cambiantes a lo largo del tiempo, básicamente por la idea de eludir visiones cargadas de sentido común que llevan con frecuencia a crear esencias sobre seres y grupos dentro y más allá del Estado nacional. Frederick Cooper y Rogers Brubaker⁵ tienen una propuesta para entender mejor lo que la práctica del béisbol representa para la gente y la manera en que esas ideas están vinculadas a órdenes históricos de poder, cuando sugieren que al tomar distancia de un lenguaje de identidad se abren posibilidades analíticas para encontrar otras conexiones, otros idiomas de identificación, estilos de autoentendimiento y otras maneras de reconocimiento del lugar que se guarda en el mundo.

Este trabajo se basa en diversas historias orales y conversaciones sobre el tema. Fueron hechas a personas involucradas con el béisbol amateur —jugadores, *ampayers*, organizadores de ligas, dueños de equipos y seguidores de éstos—. Estos datos son complementados con la observación de diversos encuentros deportivos y consultas a fuentes históricas.

Cabe indicar que la liga de béisbol profesional en México fue fundada en 1925, y que su inicio contribuyó al arraigo de ese deporte entre sectores populares de la zona. El primer equipo profesional que representó a Puebla con sede en Atlixco se llamó 74 Regimiento. Ese destacamento militar provino del norte del país para tratar de restablecer la paz social en el atribulado clima político de la entidad. Por la cercanía que tuvieron con la frontera de Estados Unidos, esos militares ya habían practicado ese deporte.⁶ Para el arribo de los años cuarenta, el béisbol se había convertido en un negocio lucrativo para sus propietarios privados.⁷ Un ejemplo

⁴ ABRAMS, 1988; CORRIGAN y SAYER, 1985; JOSEPH y NUGENT, 2002.

⁵ COOPER y ROGERS BRUBAKER, 2005, p. 87.

⁶ ARBENA, 1991, p. 351.

⁷ LAFRANCE, 2002, p. 90. Entre 1940 y 1944 la Liga Mexicana, teniendo al frente de ella a Pasquel, tuvo un gran éxito económico. En ese momento fueron notables las actuaciones de Cool Papa Bell y Josh Gibson. En 1945, justo cuando terminó la Segunda Guerra Mundial, Pasquel comenzó la contratación de jugadores de las Grandes Ligas, ofreciéndoles altos sueldos, lo que desataría la llamada “Guerra del Béisbol”, que trajo como consecuencia la consolidación del béisbol organizado en Estados Unidos, abarcando a la mayoría de las ligas independientes y colapsando a aquellas que no cedieron a sus intereses (GONZÁLEZ GÓMEZ, 2009, pp. 2-3). Se ha sugerido la existencia de una pizca de nacionalismo en las acciones de Pasquel

de este tipo de inversionistas fue Jorge Pasquel, quien construyó para 1938 el Parque Puebla; por ese tiempo, con un uniforme verde, el equipo poblano comenzó a ser nombrado “Pericos”.⁸ Las actividades financieras y deportivas de Pasquel estuvieron respaldadas por el quehacer político de Manuel Ávila Camacho y Miguel Alemán Valdés.⁹

BÉISBOL ENTRE CAÑAVERALES

Héctor Ramírez,¹⁰ un antiguo trabajador del ingenio azucarero de Atencingo, indica que el béisbol se fomentó en la zona por W. O. Jenkins, propietario de ese molino y de todo un complejo agroindustrial para la fabricación de azúcar y sus derivados. Jenkins creó ese complejo a lo largo de la década de 1920. En ese tiempo fue adquiriendo las más importantes haciendas de la zona que antes fueron propiedad de una elite, cuyos miembros eran en su mayoría españoles y residían generalmente en la ciudad de Puebla. Ellos crearon unidades productivas relativamente autónomas, con sus propios terrenos para la siembra de caña y sus molinos o trapiches. Durante la revolución armada sus propiedades

para poner en jaque la máxima organización del béisbol norteamericano (véase ARBENA, 1991, pp. 358-359). Sin embargo, una cosa irrefutable fue la contratación de jugadores tan brillantes que apuntaló una práctica común en el circuito profesional mexicano. Desde sus comienzos, la Liga Mexicana contó con la presencia de notables beisbolistas, principalmente cubanos y afroamericanos de Estados Unidos, que despertaron gran admiración por el juego. BAÉZ-JORGE, 2002, pp. 433, 435.

⁸ SITIO OFICIAL PERICOS DE PUEBLA, 2009. Los equipos de Veracruz, particularmente, se vieron beneficiados por la incorporación de estrellas cubanas. También durante la década de 1940 los Pericos del Puebla contaron entre sus filas a jugadores como Cocaína García, un ex jugador de la Liga Negra de los Estados Unidos. También vistieron su uniforme peloteros como Agapito Mayor, Sagüita Hernández y Napoleón Heredia, entre otros (véase GONZÁLEZ ECHEVERRÍA, 1999, pp. 29, 33, 144, 263-264). Incluso, Adolfo Luque, en 1946, se retiró a los 56 años de edad, siendo manager-jugador de los Pericos (BAÉZ-JORGE, 2002, p. 429). Además, en el marco de la dirección que Pasquel tuvo de la Liga, Beto Ávila, el mejor jugador mexicano en las Ligas Mayores, debutó en los Pericos en 1943. Ávila tuvo como compañeros de equipo a los lanzadores Sandalio Consuegra, Adrián Zavala y Salvatore Magli, proveniente éste último de los Gigantes de Nueva York. En 1957, los Pericos suscribieron un convenio con los Orioles de Baltimore, por el cual jugaron varios peloteros norteamericanos en Puebla. Los Pericos continuaron su paso por la Liga Mexicana, constituyéndose en uno de sus principales animadores. En 1963 logran conquistar su primer campeonato, dirigidos por Tony Castaño.

⁹ BAÉZ-JORGE, 2002, p. 441. John Virtue, Director del Centro Internacional de Prensa de la Universidad Internacional de Florida, indica que la amistad de Pasquel con Alemán nació en la infancia. Como gobernador, ministro y presidente de México, Alemán apadrinó de algún modo al empresario. Véase <http://www.sonorahoy.on/index2>, consultado 9 de noviembre de 2008.

¹⁰ Usamos seudónimos.

fueron saqueadas, los campos de cultivo incendiados y los molinos desmantelados. Cuando el conflicto armado cesó, los propietarios españoles no tuvieron el suficiente capital para reabrir sus empresas agrícolas, entonces Jenkins les prestó dinero para ese fin. Sin embargo, las deudas fueron impagables y las haciendas pasaron a propiedad del norteamericano. Además, Jenkins logró adquirir y rentar terrenos a los pueblos vecinos y frenó peticiones agraristas, muchas veces influyendo para crear ejidos con tierras de temporal que no afectaran el flujo de agua para la siembra de caña.¹¹

Las acciones de Jenkins fueron realizadas básicamente por las alianzas tanto hacia arriba como hacia abajo que estableció con políticos, grupos, fuerzas e instituciones posrevolucionarias. Por una parte, logró relacionarse con la figura política más importante de la entidad, el general Maximino Ávila Camacho, lo cual le permitió tener conexiones con la burocracia regional y nacional para llevar a cabo la expansión y consolidación de su complejo agroindustrial. Para Jenkins esa relación fue importante para interpretar la ideología y las reformas culturales posrevolucionarias encaminadas a crear una nueva subjetividad, sostenida por el mestizaje cultural y la creación de una ciudadanía disciplinada. Por otra parte, mantuvo vínculos con grupos y liderazgos locales que le permitieron la adquisición de tierras y, sobre todo, agua para riego de los campos de caña. Esta cuestión fue importante, porque el agua era una posesión ancestral de los pueblos indígenas. La Corona española dotó desde muy temprano concesiones tanto a comunidades de indios como a haciendas. Tales concesiones o repartos fueron relativamente respetados a lo largo del tiempo; aun en la etapa porfirista sirvieron de base para una nueva reglamentación que realizó el gobierno central para el control de los recursos hidráulicos.¹²

En ese contexto, el béisbol, como en muchas partes del país, llegó con empleados norteamericanos relacionados con una rama productiva.

¹¹ La legislación agraria producto de la Revolución mexicana, visible en el artículo 27 constitucional antes de su reforma en 1992, estableció formas para que el Estado restituyera o dotara de tierras a campesinos a través de la creación de ejidos, una forma de posesión de la tierra propiedad de la nación que usufructuarían los ejidatarios para trabajar y ganarse la vida. La tierra se dotó a través de ejidos “individuales” y colectivos. El ejido colectivo fue reconocido por el marco jurídico agrario en 1922. ECKCSTEIN, 1966, p. 129.

¹² KROEBER, 1994, p. 138.

En el caso de esta zona, como dice Héctor Ramírez, el juego fue enseñado por un ingeniero o técnico que reparaba o daba mantenimiento al molino de azúcar. Pronto el interés por ese deporte se expandió entre los trabajadores del lugar.¹³

El complejo creado por Jenkins concentró la fabricación de azúcar en un solo lugar, el ingenio de Atencingo, desmantelando los molinos que existían en cada antigua hacienda. Esos lugares quedaron como anexos del complejo y en ellos moraron administradores, capataces, empleados y trabajadores (peones asalariados) para sembrar y cosechar caña. Al igual que Atencingo, los demás anexos tuvieron su equipo de béisbol. Por ejemplo, el administrador del anexo de San Nicolás Tolentino fue el español Bruno Castresano, quien además de realizar las tareas propias de un caporal, guardó también interés en la difusión del béisbol, no sólo entre sus trabajadores sino igualmente entre moradores de los pueblos vecinos. Juan Pérez, un antiguo trabajador oriundo de San Nicolás, relata:

San Nicolás tenía su equipo, porque [a] el señor administrador, le gustaba, era de ambiente. Y el campo deportivo era ahí donde está la base de las combis [auto-transporte], ese cuadrito, todo eso era el campo deportivo, pero estaba muy chiquito. Todavía estaba [la hacienda en funciones], pues estaba por mero mando de la empresa.

El relato de Juan establece la activa participación de un empleado de Jenkins en el impulso del deporte. Así, el patrocinio que el industrial y sus administradores brindaron al béisbol condujo a que éste se convirtiera en un pasatiempo cotidiano y acorde al emergente proyecto de nación, donde la creación de un nuevo sujeto era asunto significativo. Andrew Paxman,¹⁴ en una biografía sobre Jenkins, narra que el ingenio de Atencingo patrocinó a finales de la década de 1930 a dos equipos de béisbol, uno de los trabajadores del ingenio y otro de los cortadores de caña, así como un equipo de fútbol y otro de voleibol para mujeres.

¹³ De acuerdo a un autor, en la etapa porfirista, compañías mineras introdujeron a México el fútbol y empresas estadounidenses el béisbol y el básquetbol; estos dos últimos deportes fueron en un principio para ser practicados por los empleados anglosajones, pero rápidamente los equipos de las compañías incluyeron a mexicanos. BEEZLEY, 2004, p. 26.

¹⁴ PAXMAN, 2008, p. 239.

En todos esos casos, la compañía otorgó uniformes, equipos y campos para jugar. Del mismo modo, el ingenio financió varias bandas de música.¹⁵

Ciertamente, Jenkins no sólo apoyó la formación de equipos deportivos y otras recreaciones. También miró con buenos ojos la creación de sindicatos en los anexos del complejo agroindustrial y en las haciendas que aún no eran suyas. Pagó la construcción de escuelas de educación primaria para la asistencia de niños y niñas; varios edificios de este tipo aún permanecen en pie, y son una presencia en el espacio de los efectos de la modernización agrícola a partir de la fabricación de azúcar. Creó caminos, obras hidráulicas, puentes; arregló parques públicos y construyó edificaciones de gobiernos locales, entre otras cosas. Entonces, con el complejo agroindustrial no solamente se erigió una infraestructura para la producción capitalista, sino también para la reproducción social del orden de poder posrevolucionario.

La alianza que Jenkins mantuvo con diversas fuerzas y actores para cimentar sus negocios contrasta con las historias de otros propietarios e inversionistas americanos que virtualmente perdieron todo en el cauce del nacionalismo revolucionario.¹⁶ En este sentido, la práctica del béisbol en la zona trató de ser usada para la transformación de los miembros de los grupos subalternos, víctimas de males y vicios, en personas más disciplinadas. Sabemos por diversas investigaciones que tal transformación fue particularmente asignada a las escuelas.¹⁷ Su papel fue decisivo en forjar un nacionalismo, no sólo a través del currículo y la enseñanza, sino también de los rituales cívicos introducidos por los maestros para celebrar símbolos patrios y transmitir valores hegemónicos. Dentro de esos rituales y actos, el béisbol se convirtió en un evento importante del nuevo espacio público que se fue proyectando con la formación del Estado nacional posrevolucionario.¹⁸

¹⁵ Jenkins siguió por varios años patrocinando este deporte y asoció ese patrocinio a su molino de azúcar. Según Agustín Mora, como dueño de una fábrica textil, ubicada en la ciudad de Puebla, este industrial pagó, alrededor de 1944, los uniformes nuevos a los integrantes del equipo de ese establecimiento, una fotografía confirma esa aseveración. Archivo Particular de Agustín Mora.

¹⁶ HART, 2002, pp. 271-383.

¹⁷ PALACIOS, 1999; ROCKWELL, 2007; VAUGHAN, 2000.

¹⁸ El siguiente testimonio, más allá de la autorepresentación que Lázaro Cárdenas hace de su labor moral edificante de un nuevo régimen de vida, opuesto al oscurantismo que representa la hacienda, subraya la

Desde entonces la identificación de los equipos con secciones sindicales, centros de trabajo y poblaciones fue parte de una relación directa con el Estado centralizado y vertical que buscó crear una imagen de unidad y armonía, sobre la base de crear seres disciplinados y dispuestos a competir contras sus congéneres desde ámbitos cotidianos. No es curioso que muchas de las competencias actuales entre equipos locales y regionales hayan nacido en el flujo de la formación del nacionalismo posrevolucionario, e incluso que tales disputas trascendieran el espacio físico con su traslado a Estados Unidos.

En el marco discursivo y material creado por la hegemonía posrevolucionaria,¹⁹ los encuentros deportivos solos o dentro de festejos y rituales cívicos más amplios se convirtieron en una oportunidad para oponerse a los intereses expansionistas de Jenkins. Éste fue el caso del pueblo de Ayutla. A principios de los años treinta, el industrial propuso construir una escuela para el lugar. Una facción de Ayutla, contraria a los intereses de Jenkins, se opuso a esa propuesta y creó un comité cívico con el fin de reunir los fondos necesarios para erigir salones de clases. En este contexto, en 1937, el presidente auxiliar de ese sitio, la junta patriótica, el comisariado agrario, el gerente de la cooperativa agrícola (local), la junta de mejoramiento comunal y personal de la escuela federal invitaban a diferentes festejos. El 5 de mayo de ese año —fecha de conmemoración de la batalla de Puebla que libraron fuerzas liberales contra el ejército invasor francés en 1862— se izó la bandera en los principales edificios públicos del lugar, se entonó el himno nacional y se llevaron a cabo recitales de poesía, bailables, presentación de orquestas de música y encuentros deportivos. El 10 de mayo, Día de la Madre, continuaron esa clase de celebraciones; lo mismo el 15, pero además se inauguró la “escuela nueva, un reloj de pared,

trascendencia que los políticos dieron a las prácticas deportivas. En realidad, Cárdenas y Jenkins estuvieron comprometidos en visiones de modernización similares, basadas en crear sujetos menos dependientes de vicios y orientados por obligaciones cívicas. “Al cruzar por el poblado del ingenio azucarero de Atencingo, Pue., el domingo [...] de abril, comprobamos una vez más la diferencia social que existe entre un poblado ejidal y una hacienda. Mientras que en el primero los campesinos paseaban alegremente con sus familias y otros se divertían en *el deporte*, en la hacienda de Atencingo presentaban los campesinos un estado deprimente: grupos alcoholizados [y aquí Cárdenas parece citar otra fuente] ‘nos revelaron que la acción moralizadora no puede entrar en la hacienda’”. ROTH-SENEFF, 2008, pp. 122-123. *Cursivas mías.*

¹⁹ Véase ROSEBERRY, 2002, p. 220.

una bandera nacional de intemperie, [el] piso del teatro al aire libre y [la] reconstrucción del jardín”. Durante todas esas fechas, donde se celebraron acontecimientos del nuevo calendario cívico, también se programaron las danzas regionales de *Los Vaqueros*, *Los Tecuanes* y *Los Doce Pares*, así como la realización en ese mismo mes de jaripeos, todo en un intento por combinar aspectos culturales “modernos” y “tradicionales”.²⁰

El discurso posrevolucionario, con acento en el mestizaje cultural que produjera un nuevo individuo, fue articulado a acciones de violencia cotidianas en el espacio público. En un primer momento, la alianza que mantuvo Jenkins con Maximino Ávila Camacho —jefe militar desde 1935 y posteriormente gobernador de Puebla entre 1937 y 1941— fue sumamente importante para mantener a raya las demandas de los agraristas y para enfrentarlos violentamente en sus ámbitos locales. En la memoria regional están muy presentes los enfrentamientos, los ataques, los asesinatos que sufrieron quienes demandaron las tierras de Jenkins o la protección de sus propios derechos de agua. Sin embargo, muchas veces esos recuerdos aparecen en los registros oficiales como simples conflictos entre agraristas que fueron resueltos por las armas.²¹ Un grupo de pistoleros, que tenía su base en la estructura de control de Jenkins, operó con efectividad en la zona. Esos pistoleros estuvieron asociados a hombres fuertes locales, cuyo poder nació y creció dentro de la reorganización de poder regional asociada a la producción de azúcar. Se trataba de ricos locales, agricultores, burócratas y muchas veces antiguos líderes agraristas (incluso con experiencia en la lucha revolucionaria). Ellos controlaban las cosechas locales de caña, servían de intermediarios entre Jenkins y vecinos de pueblos o barrios para otorgar créditos agrícolas, reparar edificios públicos, patrocinar fiestas y, como comentó alguien, “tener todo en paz”.

Ante la presión de los agraristas de la zona de Atencingo, el presidente Lázaro Cárdenas determinó en 1938 expropiar las tierras de Jenkins y

²⁰ Archivo General de la Nación (en adelante AGN), Fondo Lázaro Cárdenas, exp. 136.3/1328, Programa, 5 de mayo de 1937.

²¹ AGN, Dirección General de Gobierno, caja 52, exp. 24, 2.012.2 (18) 100, carta de 2 de junio de 1934 de componentes de la Defensa Rural al gobernador del estado; AGN, Dirección General de Gobierno, exp. 44, 2012.2 (18) 21964, telegrama de 1 de diciembre de 1936 de Octaviano García, secretario del Exterior de la Federación Campesina Emiliano Zapata, Chietla, al presidente de la república.

crear uno de los relativamente pocos ejidos colectivos del país.²² Los antiguos peones o trabajadores de campo de Jenkins pasaron a ser ejidatarios, organizados bajo una cooperativa, y se vieron constreñidos a seguir con el cultivo de caña para suministrarlo al molino de Jenkins en Atencingo, que siguió siendo de su propiedad. Empero, a través de sus luchas, los ejidatarios lograron el control de la cooperativa para finales de la década de 1940. Con ese triunfo idealmente se esperaba que cada ejidatario trabajara autónomamente la tierra, tuviera una parcela destinada para la siembra de maíz —cuestión prohibida bajo el control del ejido colectivo por parte de la gente de Jenkins—, y que recurriera a su organización colectiva para garantizar la correcta comercialización de la caña. Pero los líderes que encabezaron ese movimiento fueron boicoteados, sufrieron amenazas y algunos de ellos fueron asesinados.²³

Después de la derrota de ese grupo, aumentó la intervención del Estado en la administración de la producción de azúcar en la zona, y se creó una comisión interinstitucional compuesta por varias dependencias del gobierno para garantizar que la cooperativa ejidal cumpliera con los objetivos para la cual fue fundada. Pese a eso, los ejidatarios no cesaron en su empeño por desbaratar el ejido colectivo. Esto trajo divisiones al interior de sus pueblos que alcanzaron tintes violentos. Finalmente, a principios de la década de 1970, en la época del presidente Luis Echeverría, en contraste con lo que sucedía en otras partes del país, el ejido colectivo fue desmantelado.

BÉISBOL EN LA “RUSIA CHIQUITA”

La zona de Atlixco fue un importante centro textil, al menos hasta el declive de la industria a principios de los años setenta. Existieron siete fábricas y cientos de obreros laboraron en ellas. Al igual que la instalación

²² En el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas fue cuando se crearon la mayoría de los ejidos colectivos. En general, este tipo de organización se impulsó en regiones con tierras fértiles e irrigadas (frecuentemente cuencas de ríos que fueron asiento de antiguas propiedades extensas y bien organizadas), en zonas cuya producción agrícola fuera importante para los mercados nacionales y extranjeros, y en lugares en los que se beneficiara a antiguos peones con experiencia sindical y conciencia política para enfrentar el sentido de responsabilidad del trabajo colectivo (la zona del suroeste de Puebla parecía reunir todos estos requisitos). Para un mejor entendimiento del ejido colectivo y sus diferencias con la agricultura del ejido individual, véase SIMPSON, 1937, pp. 316-334.

²³ RONFELDT, 1975.

de modernas haciendas azucareras en la parte de Atencingo, las industrias textiles en Atlixco comenzaron a operar durante la modernización porfirista, es decir, entre el último tercio del siglo XIX y los primeros años del XX. Sin duda, la fábrica más importante de este centro industrial fue Metepec. La factoría fue inaugurada en 1902, y diversos capitalistas extranjeros participaron como sociedad anónima en su puesta en marcha. Al abrir sus puertas, contaba con la maquinaria y los sistemas productivos más modernos de la época. Otras fábricas se instalaron en las edificaciones de antiguos molinos de trigo. El área de Atlixco reunía condiciones climatológicas para la producción de textiles. También contaba con un sistema hidráulico de distribución de agua para haciendas, ranchos y pueblos, que databa de tiempos coloniales y que fue ocupado para proveer de agua a las fábricas de hilados y tejidos.

La fuerza de trabajo provino fundamentalmente de poblaciones rurales e indígenas de los alrededores. Además, se nutrió de un proletariado urbano con experiencia de trabajo en los centros industriales de la Ciudad de México, Tlaxcala y el centro de Veracruz. La mayoría de las fábricas fueron instaladas en la pequeña ciudad colonial de Atlixco. En cambio, factorías como Metepec y León fueron creadas bajo el modelo de *company towns* (casas de la compañía), comunes en zonas rurales de Europa y Estados Unidos, donde se reunía la infraestructura mínima para la reproducción de la fuerza de trabajo. Como una importante zona industrial del país, Atlixco atrajo activistas y sindicalistas que trataron de impulsar ideologías políticas entre los miembros de este naciente proletariado; además hubo obreros “libres”, que eran esquiroles e integraban grupos de choque patrocinados por los patrones. Alrededor de 1925 estos trabajadores fueron expulsados por los sindicalistas, época en la cual, según algunos datos, el béisbol era practicado por los obreros de las fábricas.²⁴ Ante un clima abierto de represión contra tendencias socialistas y el ascenso de organizaciones nacionales de trabajadores relacionadas al Partido Nacional Revolucionario (PNR), después nombrado en 1938 Partido

²⁴ Como ejemplo, en “El inventario del Caserío de Operario y Anexo de la Fábrica Metepec” se encuentra una lista que detalla el costo de una careta para catcher, un peto, bats, un guante para catchar, una mascota para la primera base, manoplas para filders y una pelota. Serie Inventario, exp. 182, 31 de diciembre de 1923. Archivo del Ecomuseo de Metepec.

de la Revolución Mexicana (PRM) —ambos antecedentes del Partido Revolucionario Institucional (PRI)—, como la Confederación Regional de Obreros Mexicanos (CROM) y la Central de Trabajadores de México (CTM), modelos reformistas y corporativos de sindicalismo se fueron imponiendo en la zona.²⁵ No obstante, entre ellos se desató una fuerte ola de violencia que alcanzó varios momentos álgidos y sangrientos.²⁶

Mientras en la zona de Atencingo grupos y pueblos presionaron al gobierno para llevar a cabo una reforma agraria, todo dentro de un clima de violencia, en Atlixco las repercusiones de los conflictos intergremiales, con asesinatos en cada una de las facciones en pugna, llegaron a altos niveles de la burocracia política. Por ese tiempo, el presidente Lázaro Cárdenas estuvo al tanto de los pleitos y participó directamente en dirimirlos. En 1936, Cárdenas visitó la zona para tratar de terminar con el clima de violencia. Sin embargo, las pugnas por el control de los organismos sindicales continuaron. En medio de esos conflictos, la vida siguió relacionada con tecnologías para el control de la población y con un proceso hegemónico en el cual la dominación fue enfrentada, al menos en los espacios del deporte.

En 1948, las disputas intersindicales terminaron en Atlixco. Uno de los organismos ligados a la CTM fue totalmente desplazado por la CROM del control de los sindicatos, en buena medida gracias a las conexiones que esta organización tuvo con la burocracia del centro del país, sobre todo por el apoyo de Maximino Ávila Camacho, quien usó la fuerza contra sindicalistas opuestos a los cromianos. Desde los tiempos de Luis N. Morones, líder nacional en los años veinte, esta central obrera se caracterizó por sus posturas reformistas y dio pie a políticas exageradamente verticales y autoritarias. En Atlixco, Antonio J. Hernández, el “patrón”, como se le nombraba, creó un fuerte liderazgo entre los trabajadores textiles.²⁷ En el marco de bonanza de la industria textil nacional que proporcionó la Segunda Guerra Mundial

²⁵ Por esa época la fábrica Metepec tenía un equipo profesional o semiprofesional. Era dirigido por el cubano Eugenio Morín y su representante era Alejo Peralta. Este dato se observa en una fotografía de esa novena en el Parque Delta de la Ciudad de México, tomada el 9 de julio de 1939. Archivo Particular de Agustín Mora.

²⁶ CRIDER, 1996, pp. 161-198; GAMBOA OJEDA, 2001, pp. 359-360; GAMBOA OJEDA y MUNGUÍA, 1981, pp. 36-37; PANSTERS, 1992, pp. 120-124.

²⁷ Gregory S. Crider refiere que con la CROM se alcanzó un fuerte sistema autoritario, donde se reprimieron duramente a fuerzas opuestas a esa central obrera. Desde ese tiempo, en la zona fue característico denominar al líder sindical como “patrón”. CRIDER, 1996, pp. 199-200.

y los años posteriores a ella, el sindicalismo de Hernández se basó en la creación de una fuerte infraestructura social para cubrir las necesidades de salud, vivienda y recreación de la población trabajadora. El pueblo obrero de Metepec fue ilustrativo al respecto. Durante la dirección sindical de Hernández y en el contexto de las políticas desarrollistas del Estado mexicano se construyó un hospital, una gran escuela, un cine-teatro e instalaciones deportivas, incluyendo un estadio de béisbol para diez mil espectadores. Además, se hicieron cooperativas para el transporte público, el ahorro y el consumo, entre otras cosas. En toda la zona, a la par de esos asuntos para el bienestar de la población, tuvo lugar un rígido y fuerte control; ningún brote de descontento fue permitido, tampoco se aceptó ningún cuestionamiento al sindicato. Muchos trabajadores de esa época con los que pudimos conversar llamaban a Metepec, en los ámbitos de un discurso oculto,²⁸ “La Rusia Chiquita”, haciendo un símil entre una sociedad local que les proveía trabajo, sustento y diversión a cambio de un control de sus vidas, y lo que se sabía de la Unión Soviética en esos años de la posguerra.

No había posibilidad de crear una oposición al sindicato imperante, ni tampoco manifestar una ideología contraria a la mezcla retórica de nacionalismo, anticomunismo y desarrollismo que proliferó en esa época. Para que tal control fuera efectivo, existía una intrincada red de personas al servicio del sindicato organizadas mediante “comisiones” de diversos giros. Los “comisionados” estaban en la fábrica para supervisar las labores de los obreros; en las oficinas para limpiarlas, cuidarlas, organizar asambleas, recabar cuotas y realizar los eventos deportivos; en los vecindarios obreros para vigilar sus calles y llevar a cabo las fiestas cívicas. Esas comisiones eran fundamentales para organizar la vida cotidiana; también para vigilar el correcto comportamiento de los trabajadores y todos los integrantes de la comunidad. Entonces, la “mala conducta” o el reclamo contra el sindicato o las empresas por parte de los trabajadores eran motivo para que éstos fueran castigados, con la suspensión de varios días de trabajo o con el despido definitivo.

En adición, se agregaban pistoleros a esa estructura de control que eran una presencia amenazante en la vida diaria de los trabajadores, pues ellos vivían en los mismos caseríos, barrios o colonias obreras de Atlixco. Por

²⁸ SCOTT, 1990.

si fuera poco, el trabajo de los pistoleros fue complementado por espías, localmente llamados “orejas”, que eran los mismos obreros, aunque nadie sabía exactamente quién podría ser uno de ellos. Los espías podrían ser amigos, familiares, compadres. En el medio se sabía que siempre los dirigentes y sus pistoleros reclutaban y aleccionaban a distintas personas para escuchar cualquier descontento o juicio negativo contra los líderes sindicales. Si su labor de espionar a sus compañeros de trabajo, amigos o familiares no se realizaba, caían sobre los “orejas” las amenazas de ser despedidos de sus empleos, o bien ser ellos mismos los agraviados. Por consiguiente, cualquier manifestación de disgusto era pagada cara. Por ejemplo, Roberto Rocha, un antiguo obrero de la fábrica La Concepción, nos platicó que si alguien protestaba porque le habían descontado su salario por concepto de cuotas sindicales inexplicables, era castigado sin trabajar y sin percibir, por lo tanto, ningún pago. Si persistía la persona protestando era amenazada de muerte.

Un antiguo trabajador de los tiempos de la bonanza económica de la industria textil en Atlixco, ahora viejo y que vive del magro salario de uno de sus hijos, recuerda que “las noches eran nuestras”. Él se refería al hecho de que después de trabajar arduamente, había lugares como cantinas, burdeles, donde los hombres podían escaparse de las rutinas cotidianas. Si la evasión del control de la estructura sindical pudo darse en el ejercicio de una masculinidad basada en la creación de espacios definidos por la violencia simbólica de hombres contra mujeres, el béisbol tuvo sus propios componentes evasivos, los cuales simbólicamente ponían en jaque el control e incubaban formas de autoreconocimiento y reagrupamiento contrarias a las impuestas desde arriba.

En Atlixco se pregonaba el orgullo por las novenas de béisbol.²⁹ Acudir cada domingo a mirar el partido en el que estaba involucrado el equipo de la fábrica, del barrio, de la colonia obrera o del sindicato fue una cosa muy esperada por familias enteras. Si un pistolero era temido y un líder sindical era objeto de falsas complacencias, el beisbolista era admirado y

²⁹ “Tienen fama los del Carmen por sus buenos trocileros/ Pero mejor fama tienen sus humildes peloteros/ A la llegada de este terreno victorioso/ Ha llegado en voz alta/ la novena del Carmen ya llegó/Y aquí en la zona le dicen el terror/ ¡Viva viva! Compañeros ¡Viva!/ La novena del Carmen ya llegó.” Corrido contado por José Solís Moreno, en GÓMEZ CARPANTEIRO, 1988, pp. 18-19.

respetado. Tanto en Atlixco como en Atencingo, los equipos de béisbol que representaban al centro de trabajo eran patrocinados por los dueños de las empresas o los sindicatos. Cada sindicato buscaba contratar a buenos peloteros, muchas veces éstos eran traídos de lugares como Veracruz, y recibían un pago por sus servicios, o bien tenían un puesto de trabajo asegurado. Existieron ligas que incluyeron representaciones de cada fábrica. Estas ligas gremiales lograron gran notoriedad y a veces se unían a circuitos competitivos regionales aumentando así el nivel deportivo. Los equipos portaban en sus camisolas las leyendas de los sindicatos de sus fábricas: “Evolución social”, “Salud y emancipación”, “Fabriles”, etc.³⁰

Al igual que en la zona de Atencingo-Izúcar de Matamoros, en Atlixco los equipos aumentaron en un número tal que las centrales sindicales buscaron y lograron tener injerencia directa en la organización de torneos.³¹ Cualquier equipo recién creado debía afiliarse a las ligas sindicales, asentadas en Atlixco o la ciudad de Puebla, cumplir con sus cuotas monetarias y respetar el reglamento deportivo.³² Los grandes desfiles, que comenzaron a ser habituales para conmemorar algún evento del calendario cívico posrevolucionario, contaron siempre con la asistencia de novenas que marchaban en esas paradas e imprimían con su participación un sentido de unidad manifestado regionalmente.

Los juegos entre equipos de centros de trabajo daban pie a la reactivación de rencillas políticas. Por ejemplo, los enfrentamientos entre los equipos de la fábrica de Metepec contra aquéllos de las fábricas situadas en la ciudad de Atlixco despertaban muchos enconos, pues repetidas veces rememoraban los viejos conflictos de décadas pasadas, cuando uno u otro

³⁰ El nombre de “Fabriles” correspondió a un equipo de la fábrica El Carmen, en Atlixco, de acuerdo a una fotografía del Archivo Particular de Agustín Mora.

³¹ Para principios de los años cuarenta, el equipo de béisbol del ingenio de Atencingo participaba en una liga sindical que era organizada directamente en la ciudad de Puebla por la CTM. Hemeroteca Nacional, periódico *Acción*, 17 de junio de 1944, pp. 2 y 4.

³² Un ejemplo del papel del sindicalismo en el deporte se presenta en la convocatoria para el campeonato de béisbol de 1940, organizado por la Asociación Regional Deportiva de Atlixco (ARDA). En las bases para participar en este torneo el imperativo era que los equipos fueran afiliados a esa liga, pero también se podían integrar equipos “libres” que no tuvieran compromiso con otra institución deportiva. Se planteaba la necesidad de que los representantes de los equipos asistieran a una junta semanal, además de que cualquier duda tendría que aclararse con sus respectivos secretarios de deportes o con el asesor de la ARDA (*La Opinión*, 9 de abril de 1940). De hecho, esta recomendación de asistir a las juntas, cada lunes, continúa vigente en Atlixco.

sindicato se encontraba afiliado a una central distinta. Como quiera que sea, cada juego era una oportunidad para los trabajadores de hacer un autoreconocimiento de la posición común subordinada que se ocupaba, romper con las rutinas laborales y librarse de la rígida vigilancia sindical. En cierto modo, fallaron los principios que se intentaban establecer a través del impulso al deporte, como una técnica de gobierno para crear cuerpos más sanos y disciplinados. Al terminar cada juego se abrió una oportunidad para continuar la sociabilidad, sobre todo masculina, con la ingesta de bebidas alcohólicas. Como recuerda un viejo trabajador de la fábrica de Metepec, “si ganábamos tomábamos, si perdíamos también”.

Pese al cierre de la mayoría de las fábricas textiles en Atlixco y al desmantelamiento del ejido colectivo en Atencingo, hechos que sucedieron más o menos por la misma época, la práctica de béisbol siguió pujante. Las ligas locales de uno y otro sitio fueron integradas por una enorme cantidad de equipos. Un aspecto importante fue que las ligas reflejaron los cambios que se empezaron a operar a partir de la década de 1980 en México, referidos principalmente al desmantelamiento del Estado posrevolucionario y a la globalización económica.

BÉISBOL Y HOMBRES FUERTES. CAMBIOS EN LAS RELACIONES ENTRE ESTADO Y SOCIEDAD VISTOS DESDE EL CAMPO

El pueblo de Vallarta³³ proporciona un caso interesante acerca de la relación que el béisbol tiene con las transformaciones contemporáneas. Nos refiere a la importancia de tener un equipo competitivo, las disputas locales entre diferentes grupos y el ascenso de nuevos ricos en el agro que han aprovechado la creación de los mercados globales, así como el uso que han hecho del béisbol, como en el pasado, para proyectar su autoridad, aunque en ese mismo deporte encuentren desafíos a su poder local.

En 1957 los vecinos de Vallarta fundaron una escuela primaria en honor a un combatiente zapatista oriundo de la comunidad. Aunque en un principio esta institución se instaló en el inmueble que albergaba la oficina de la presidencia auxiliar, rápidamente fue trasladada a una parcela donada

³³ Este es un nombre ficticio.

por un ejidatario que hasta ese momento había sido utilizada como un espacio para la práctica del béisbol. Con la construcción de nuevas aulas en la escuela, el campo deportivo tuvo que mudarse a terrenos prestados, hasta que ya no hubo un lugar para su práctica. Entonces, el béisbol dejó de jugarse no sin haber echado profundas raíces en el gusto de la gente. El fervor fue tal que para esos años no sólo eran reconocibles las aptitudes que algunos vallarteños tenían para jugar al béisbol, sino que ellos mismos habían logrado constituir un competitivo equipo llamado Panteras. Sin embargo, debido a la falta de un campo deportivo en su pueblo natal, el club emigró a un pueblo vecino para jugar cada domingo, aunque continuó siendo reconocido como el equipo de Vallarta.

Para Martín Juárez, un promotor local del béisbol, el hecho de haber jugado en un lugar ajeno convirtió a sus jugadores en blanco de humillaciones. Para el inicio de la década de 1970, el pueblo estuvo en condiciones de tener un nuevo campo deportivo que fue inaugurado con un juego del afamado equipo Panteras. Con nueva “casa”, el béisbol retomó una fuerza impresionante que se vio cristalizada en el engrandecimiento del equipo del pueblo. Entre 1972 y 1984, Panteras participó en la Inter Obrera, una importante liga de la entidad, junto a equipos de diversos lugares: Chachapa (Puebla), Pueblo Nuevo (Puebla), Rancho La Soledad (Atlixco), El Tianguis (Tepeaca) y Azucareros (Atencingo), entre otros. Como pocas eran las ocasiones en que Panteras jugaba en Vallarta, algunos vecinos organizaron nuevos equipos que les permitieron continuar alimentando su gusto por el béisbol, entre ellos Medias Blancas. Aunque el club Panteras se desintegró en 1984, la larga lucha que ejidatarios y vecinos pusieron en marcha para afianzar el béisbol como deporte y único momento de esparcimiento en Vallarta, quedó atada al nombre de esa novena.

Los equipos que se crearon a partir de la desaparición del club Panteras también se disolvieron, pero en 1989 Martín Juárez reunió a los ex integrantes de uno de ellos, Medias Blancas, para rehacer ese conjunto. Juárez había sido un migrante que permaneció 19 años en ciudades como Chicago, Denver, Los Ángeles y Nueva York. A su regreso ocupó el cargo de presidente auxiliar de Vallarta. En ese puesto, gestionó la pavimentación de la carretera que une a la cabecera municipal con San José Vistahermosa, reubicó el mercado y concluyó proyectos como la creación de la biblioteca,

la introducción de la red de drenaje y la remodelación del edificio que alojó las oficinas de la presidencia. Aunque Juárez obtuvo el reconocimiento de varios vecinos, también se ganó la enemistad y el rechazo de otros.

En años anteriores a su cargo de presidente del pueblo, Juárez, con todas su experiencia cosmopolita, había logrado formar una red que aún se dedica a llevar gente a Estados Unidos de manera ilegal y esa, aseguran los vecinos, fue la razón por la que “se hizo pesado” (gente de dinero). Don José, oriundo de Lagunillas, comenta que Martín tiene contactos en la frontera con quienes planea detalladamente el viaje de un autobús con capacidad de hasta cincuenta personas que pagan, cada una de ellas, alrededor de 1 800 dólares. Es común que en Vallarta los interesados en migrar a Estados Unidos lo hagan por medio de esta red. Con los recursos económicos generados por esa actividad clandestina, Juárez compró una máquina cosechadora de caña que renta a los campesinos del lugar y de toda la zona en la época de zafra. En el año 2000, esa cortadora llegó a tener un valor en el mercado de dos millones de pesos. Sin la ayuda de la cosechadora es muy probable que parte de la producción de caña permaneciera sin cortar y muchos ejidatarios pudieran perder los ingresos que cada año potencialmente reciben del ingenio azucarero, ubicado en Atencingo. Sin ninguna otra opción, la comunidad tiene que rentar la máquina a Martín Juárez y contribuir inevitablemente a su prosperidad económica, que es por mucho mayor a la de cualquier vallarteano.

Pero la vida de Juárez resultó no sólo significativa para el trabajo en la caña, la migración y la vida pública de Vallarta, sino también para el béisbol. Juárez comenzó a mejorar y embellecer el campo deportivo invirtiendo en los muros para cercarlo, en el pasto y en las gradas, sin la objeción de otras autoridades del lugar, como el comité ejidal. El campo contaba con riego de aspersión; para su correcto cuidado, debía funcionar todos los días en época de sequía. “Ese no es campo deportivo sino estadio”, “es el mejor de toda la región”, comentaban los foráneos cuando asistían a un juego a Vallarta. Además, Juárez fungía como dueño y representante del equipo, que contaba con una sucursal denominada Juvenil Medias Blancas y con el semillero Calcetines. El equipo Panteras era ya historia, y las atribuciones que llegó a tener comenzaron a traspasarse al Medias Blancas, con la diferencia de que el primero dependía de cada uno de los jugadores y el segundo

tenía un patrocinador dispuesto a gastar en uniformes, instalaciones (el campo deportivo) e incluso a pagar sueldos a jugadores y entrenadores.³⁴

El equipo Medias Blancas y su deslumbrante campo deportivo llamaron la atención de políticos locales, quienes se acercaron a Juárez para ofrecer apoyos que mejoraran el campo. Esas alianzas nunca condujeron a nada. Aunque muchas veces esos políticos declararon haber otorgado dinero o recursos para el mejoramiento del pequeño parque, Juárez negaba esos apoyos; si éstos fueron entregados o no, lo importante es la mezcla de intereses políticos que el béisbol ha suscitado en la zona. El equipo Panteras reapareció a inicios del nuevo siglo a partir de un incidente que concluyó con una ruptura al interior del Medias Blancas. Tal rompimiento se debió a que un popular jugador del Medias Blancas fue humillado y corrido por su dueño. Entonces, un grupo de vecinos reaccionó ante ese suceso y decidió formar nuevamente el equipo Panteras con aportaciones monetarias de ellos mismos.

Como los recursos económicos no fueron suficientes, familiares, amigos y simpatizantes formaron un comité que organizaba rifas para recaudar fondos para el equipo Panteras. Vallarta tenía ahora dos representantes de béisbol, pero Panteras era el “auténtico” equipo del pueblo, pues en éste se podía participar con ideas, estrategias deportivas y dinero. La comunidad se dividió. Por un lado, los olvidados por Martín Juárez y reagrupados en el club Panteras; por el otro, los seguidores de él, a quien debían favores y se veían obligados a apoyar al Medias Blancas. La disputa se trasladó al campo deportivo. Como los jugadores y organizadores del Panteras eran ejidatarios y “oriundos”, se sentían con el derecho de jugar en el campo del pueblo, pero como hasta entonces quien lo mantenía en buenas condiciones era Juárez, éste obligó a la directiva del Panteras a cooperar en los gastos. A finales del 2002 se celebró una asamblea en el ejido, donde el tema principal fue el asunto del campo deportivo. Juárez alegó que además de invertir tiempo y esfuerzo, pagaba el manteni-

³⁴ Un buen número de jugadores y entrenadores de Medias Blancas son oriundos de algunos lugares como la ciudad de Puebla, los estados de Morelos y Veracruz, e incluso de Centroamérica y el Caribe. Perciben un sueldo por cada juego en que participen y sólo hacen acto de presencia durante ellos, entre semana son ajenos a la vida de la comunidad. Hace pocos años el entrenador de Medias Blancas, de origen centroamericano, fue enganchado por el dueño del equipo, y su pago incluía una casa habitación en la que albergaba a su familia.

miento del campo, mientras que el equipo Panteras no aportaba nada y que incluso cuando sus peloteros terminaban de jugar, abandonaban el campo sin limpiarlo. La disputa entre Panteras y Medias Blancas emulaba un simple enfrentamiento más entre “ricos” contra “pobres”, y se reflejó en la vida cotidiana de Vallarta, en reuniones ejidales, fiestas e incluso en las discusiones al respecto que nosotros podíamos escuchar habitualmente en los viajes en autotransporte de la cabecera municipal al pueblo. En las calles de Vallarta solían verse autos y casas adornadas con calcomanías de Medias Blancas y Panteras como si se marcaran territorios.

En el verano de 2003, Panteras y Medias Blancas se enfrentaron en el campo deportivo de Vallarta. En el clímax del encuentro, cuando Panteras empató a cuatro carreras a Medias Blancas, un aficionado gritó a otro: “van a ganar tus pinches Panteras y voy a perder la apuesta, pero tengo dinero no como tú”. Al concluir el encuentro, un anciano borracho se retiró del lugar gritando “se acabaron los Juárez, adiós los Juárez”.

Resulta innegable la identificación que el pueblo de Vallarta mantiene con el béisbol. La práctica de este deporte, más que un esparcimiento, es un símbolo. Pensar en sus significados ayuda a reflexionar sobre la relación entre cultura popular y poder en ámbitos locales, conectados a configuraciones globales. Como señalan Joseph L. Arbena y David G. LaFrance,³⁵ “uno puede estudiar a la sociedad mayor a través del deporte”. En Vallarta, el contexto conformado por una red para introducir personas ilegalmente a Estados Unidos, la nueva ola de modernización agrícola —conectada a la globalización de la economía— y el patrocinio al béisbol fincaron las bases para la emergencia de procesos de desigualdad, con el consecuente surgimiento de un nuevo rico, que no hizo otra cosa más que recurrir a una “tradicción” local, recuperando la práctica del béisbol, para fincar su autoridad. Como respuesta, encontró oposiciones contra las bases de su dominio local.

Martín Juárez cumplió la promesa —enunciada en la sesión ejidal en que se discutió el asunto del campo de juego— de trasladar su inversión a una parcela propia. Sólo unos metros adelante del campo deportivo ejidal, Juárez construyó otro parque, que lo separó de los lugares comunes del pueblo con una barda, colocando una manta que reza “Bienvenidos

³⁵ ARBENA y LAFRANCE, 2002, p. xxxix.

a la nueva casa de los Medias Blancas”. Ante la crisis económica, el club Panteras, “el equipo del pueblo”, desapareció por esos mismos días, aunque se formó una nueva versión de este conjunto deportivo con el nombre del pueblo en Nueva York.

BÉISBOL: UNA SEMBLANZA DEL AUTORITARISMO Y LA REAPROPIACIÓN DEL JUEGO

Con el cierre de las fábricas textiles a principios de los años setenta, aparentemente la estructura sindical perdería fuerza política. Sin embargo, no fue así. Los sindicatos de las diversas fábricas habían sido agrupados en la llamada Cámara de Trabajo, en una cuestión que los sindicalistas cromianos denominaron, a partir de 1948, la Unificación Obrera. A pesar del declive de la industria en la zona, la Cámara de Trabajo aumentó la filiación sindical de trabajadores de diversos giros (cargadores, comerciantes ambulantes, locatarios de mercados, taxistas, vendedores de materiales para construcción, transportistas, etc.). Entre esos adeptos se destacaron campesinos de pueblos de los alrededores de Atlixco, que proporcionaron una base política más sólida a la CROM en la zona.

A través de la Cámara de Trabajo el béisbol adquirió mayor fuerza entre los moradores de pueblos campesinos. Ésta agrupó no sólo las asociaciones o sindicatos de trabajadores, urbanos y rurales, sino también las diferentes ligas deportivas.³⁶ Tan sólo la liga de béisbol contó para mediados de la década de 1990 con la participación de más de cien equipos, agrupados en diversas categorías. En este sentido, el béisbol en la zona de Atlixco representó un ejemplo de modelo centralizado y corporativo, pues mediante ese deporte, formas de organización y autoridad se cristalizaron en la liga; asimismo por medio de los equipos se aseguró la movilización y el control de los moradores del pueblo para beneficio de elites y sectores dominantes a escala regional. No obstante, el béisbol se transformó. A comienzos del año 2000 surgieron ligas nuevas, independientes de la otrora poderosa Cámara de Trabajo. Eso dio un giro diferente a ese

³⁶ La Cámara de Trabajo tiene una edificación ubicada frente a la plaza principal de la ciudad de Atlixco. En ella se encuentran varias oficinas, un auditorio, una biblioteca, además se realizan reuniones políticas, festividades para las madres, niños, etc.

deporte y volcó los intereses de sus practicantes por lograr que fuera un medio de esparcimiento y autoreconocimiento, que prácticas clientelares y corporativas habían debilitado. Acerca de esto, la historia de Rancho La Soledad, el último equipo de béisbol poderoso de Atlixco, es ilustrativa.

Cuando el viejo líder sindical Antonio J. Hernández murió, Eleazar Camarillo heredó su autoridad y fuerza. Camarillo fue un gris sindicalista en la época de la unificación sindical. Según testimonios, su ascenso se debió al papel importante que jugó en el establecimiento de la red de pistoleros que se construyó como parte medular de la estructura de control político en Atlixco. Luego de sustituir a Antonio J. Hernández, Camarillo tuvo ingerencia por muchos años en la determinación de puestos públicos, pues designaba a presidentes, funcionarios y burócratas locales. Era un gestor para la construcción de caminos, redes de agua potable, escuelas, y en varias ocasiones fue diputado federal.

La injerencia de Camarillo llegaba hasta los contornos de la esfera privada; mediante la labor de los espías u “orejas” estaba al tanto de los pormenores de la vida diaria de muchas personas, y mandaba a llamar a quienes consideraba amenazantes por sus cuestionamientos al sindicato y la representación que él ejercía. Un día determinado de la semana estaban abiertas sus oficinas, ubicadas en su residencia particular, para escuchar diversas peticiones de la población de la zona. Con él acudía la gente a pedir trabajo; obtener una recomendación para ingresar a estudiar en algún plantel educativo; solucionar pleitos de vecinos por la alineación de un solar; pedir dinero prestado; resolver conflictos conyugales; pedirle ser padrino de algún vástago o generación de estudiantes, entre otras cosas.

Casi a finales de la década de 1970, el nombre del equipo de la fábrica donde Camarillo supuestamente trabajaba, aunque sólo pocos años formalmente lo hizo, Evolución Social, fue cambiado por el de Rancho La Soledad, el lugar donde él vivía; una finca asentada en una de las partes más antiguas de la ciudad, caracterizada por la abundancia de agua y numerosas huertas frutales. Con ese cambio de nombre, decidió unilateralmente darle otra fisonomía a la novena. El equipo fue inscrito para competir en la Liga Inter Obrera, una liga estatal a la que nos hemos referido antes. Los mejores jugadores de los equipos de Atlixco fueron seleccionados para jugar en el equipo Rancho La Soledad. Sin embargo,

de los peloteros convocados sólo unos cuantos jugaban en la novena. La mayoría de los titulares fueron “jugadores pagados”. Se trataba de peloteros profesionales o semiprofesionales que cada domingo venían a jugar para Rancho La Soledad a cambio de un monto de dinero. A veces esos jugadores llegaban uno o dos fines de semana seguidos, y después no regresaban a Atlixco o eran cambiados por otros. Además, dos de los hijos de Camarillo, con pocas habilidades deportivas, jugaban como titulares.

Como pudiera expresar un estudioso de los rituales políticos,³⁷ los domingos que jugaba Rancho La Soledad en Atlixco eran un magnífico momento de despliegue de autoridad de un líder sindical como Camarillo y la expresión dramática de los lineamientos sociales de esa forma de poder. Los trabajadores de la fábrica, a veces acompañados de su familia, eran coaccionados a ir al campo deportivo para ver al equipo cuasi profesional, que dicho sea de paso, no siempre ganaba. Ciertamente, ese campo era literalmente de los trabajadores, pues cada semana, durante varios años, aportaron una cuota de dinero para su construcción. No asistir al juego de pelota podría considerarse una afrenta a Camarillo, y el obrero pudiera haberse ganado la suspensión de su trabajo por uno o varios días y sin goce de salario. El día del juego el parque rebosaba de espectadores. Camarillo y su séquito de colaboradores se sentaba en un lugar privilegiado. Un círculo inmediato era ocupado por quienes los obreros llamaban despectivamente “lambiscones”, colaboradores, trabajadores, empleados, burócratas, representantes de otros gremios. En las tribunas restantes se apilaban los obreros comunes, sus familias y mirones ocasionales.

El sindicato de la fábrica tenía un conjunto musical que amenizaba todo el partido con piezas que se sabía eran del agrado de Camarillo. También existía un locutor que narraba el encuentro, y constantemente se dirigía a la concurrencia para pedir porras para el equipo local. De igual modo, pedía lo mismo a favor de “Don Eleazar” o el “patrón”, como deferentemente se dirigían al líder político en la zona. Además, solicitaba arengas para los hijos de Camarillo, cuando alguno de ellos se dirigía al plato de bateo. Los peloteros oriundos de Atlixco que jugaban para Rancho La Soledad y el manager, designado por Camarillo, par-

³⁷ DIRKS, 1994, p. 487.

ticipaban en los encuentros bajo mucha presión. Cuando las cosas no salían bien, Camarillo en pleno juego mandaba a llamar al entrenador para regañarle u ordenarle jugadas o movimientos que éste debía llevar a cabo. En otras ocasiones, llamaba a los jugadores oriundos y los reprendía frente a todo el público por errores que habían ellos cometido.

Rancho La Soledad no era un equipo que representara a una comunidad ni a un centro de trabajo, era simplemente el equipo de Camarillo y sus hijos, los cuales en numerosas ocasiones llevaron a la derrota a la novena por sus desatinos o falta de destreza para ese juego. Esos encuentros deportivos también eran una magnífica oportunidad para que Camarillo invitara a diversas personalidades políticas ajenas a la región. Después del juego, los invitados eran agasajados con un banquete, habitualmente preparado y servido por una comisión de trabajadores. Aunque los obreros de la fábrica no participaban en la comilona, ellos habitualmente la costeaban con cuotas especiales.

Sin embargo, presenciar el juego ofrecía una oportunidad para la evasión y la crítica. El encuentro deportivo era un magnífico momento para ver amigos, socializar entre hombres e ironizar en torno a las acciones y las órdenes de Camarillo, así como para regocijarse discretamente y en complicidad mutua de los yerros de alguno de los vástagos del líder obrero. Cuando Rancho La Soledad comenzó su ocaso, empezó a su vez el declive del liderazgo de Camarillo.

En los últimos años de su vida, Camarillo contempló el ascenso regional del Partido Acción Nacional (PAN), una fuerza compuesta localmente por una nueva generación de comerciantes, agricultores, ganaderos y profesionistas cuyas familias, paradójicamente, se habían visto beneficiadas en el pasado por la CROM. No obstante, las posibilidades abiertas para elecciones más competitivas, asociadas discursivamente a la supuesta separación del Estado y la sociedad civil, dieron pie a que los resentimientos y las oposiciones contra el autoritarismo y corporativismo que representaba Camarillo se volcaran electoralmente a favor del PAN. De hecho, antes de su muerte, Camarillo contemplaría cómo sus candidatos a cargos de elección popular del PRI, eran derrotados sistemáticamente por abanderados del PAN.

La crisis de esta estructura jerárquica no sólo se dio en el reacomodo de las elites económicas y políticas. De hecho, los primeros actos disidentes

contra la Cámara de Trabajo y Eleazar Camarillo se dieron en el deporte. En primera instancia, equipos y jugadores hicieron intentos por crear ligas independientes a la Cámara del Trabajo, cuyas funciones, como hemos expresado, abarcaban la organización de los torneos deportivos. Aunque los primeros intentos fueron reprimidos, poco a poco fueron ganando terreno esas nuevas ligas deportivas. Cuando el PAN llegó al poder, las ligas que surgieron sólo fueron convalidadas. De algún modo, los beisbolistas, los promotores del juego y sus seguidores buscaron desde antes devolver un sentido más propio a este deporte y a su capacidad para ser un medio para el autoreconocimiento y el reagrupamiento al defender una franela deportiva.

DESMANTELAMIENTO DEL ESTADO DESARROLLISTA Y EL DESTINO DEL BÉISBOL

La crisis del Estado desarrollista mexicano se emparejó a la precarización de la economía regional. Con una base productiva bastante débil para crear un mercado laboral, luego del ocaso de la industria textil en la zona, mucha gente de Atlixco comenzó a migrar aceleradamente a mercados laborales de Estados Unidos. Eso mismo sucedió en la zona de Atencingo, cuando la liberalización de la economía nacional permitió la entrada de endulzantes distintos a la caña de azúcar, lo que limitó las ganancias de los agricultores, condicionándolos a mayores inversiones en capital y trabajo para convertirse en productores más competitivos a escala global. El resultado fue la crisis de la economía local, fuertemente relacionada a la producción de caña, y el incremento también de migrantes a Estados Unidos, preferentemente al nicho de trabajo creado en Nueva York y Nueva Jersey, donde igualmente acudieron los atlixquenses.

Cuando comenzaron los primeros migrantes a ir a Estados Unidos, alrededor de la década de 1960, se fundaron allá las primeras ligas de poblanos. Desde entonces son comunes los equipos de mexicanos en lugares de Nueva York y Nueva Jersey. La mayoría de las novenas se conforman por paisanos, y en los torneos se recrean las mismas rivalidades que son comunes en las ligas locales y regionales del suroeste de Puebla. En esos sitios, distantes geográficamente del suroeste de Puebla, el béisbol, como en el nacimiento de la sociedad posrevolucionaria, ha vuelto a

ser un medio poderoso de autoreconocimiento y reagrupamiento de una clase con sus propias fragmentaciones y conciencias políticas contradictorias. Por eso el béisbol da pie para la ilusión: un niño sueña con llegar a las Grandes Ligas, mientras ahora juega en ligas menores y presencia en Brooklyn, cada domingo, las batallas del equipo del pueblo de sus ancestros, originarios de un poblado campesino llamado El Organal. También las comunidades aglutinadas en torno al deporte pueden soñar; el béisbol, entonces, no sólo muestra la naturaleza de un orden de dominación, sino se erige como un medio para buscar un mejor lugar para vivir en el mundo desde un plano lúdico.³⁸

CONCLUSIONES

La crisis del régimen porfirista implicó con la Revolución una reorganización de soberanía en diversos sentidos. Modos de gobierno relacionados más a instituciones formales de Estado no han tenido desde siempre fuerte presencia en espacios localizados, sin embargo, durante las primeras décadas posrevolucionarias, su engrazamiento con soberanías locales, constituidas por las acciones de hombres fuertes, creó efectivas formas de gobierno a distancia, por medio de las cuales liderazgos, caciquismos o intermediarismos políticos fueron un enlace provechoso para sustentar imágenes verticales y espacialmente integrales del Estado nacional. Asimismo, en ámbitos regionales la reestructuración de la soberanía nacional supuso un proceso hegemónico, el cual se apoyó en tecnologías de control de las poblaciones para la disciplina y la regulación moral. Tal hegemonía tuvo, sobre todo, un carácter conflictivo.

La preeminencia del béisbol en la zona y su relación con las políticas posrevolucionarias es comparable con otros casos. Gilbert M. Joseph³⁹ vincula la popularización de este deporte a la estructura de poder regional en Yucatán, estableciendo históricamente las conexiones económicas y políticas que la zona ha mantenido con la nación y el mundo global. En Yucatán, el béisbol llegó de Cuba y su práctica fue emprendida por la oligarquía productora de

³⁸ En Vallarta es célebre la frase “El béisbol lo es todo, el resto sólo son detalles”.

³⁹ JOSEPH, 1988.

henequén. Además, contó para su difusión del gusto que los hijos de los ricos adquirieron por ese deporte mientras estudiaban en colegios o universidades de Estados Unidos. La oligarquía henequera formó sus propios equipos y desde muy temprano impulsó la profesionalización del juego, muchas veces reforzando sus equipos con jugadores cubanos, algunos de los cuales usaban los torneos locales para después enrolarse en las Ligas Negras de Estados Unidos. Sin embargo, también la elite impulsó fuertes equipos entre sus trabajadores, aunque no de manera extensiva.

Al término de la revolución armada en la región —alrededor de 1915—, en Yucatán, con el general constitucionalista Salvador Alvarado, se introdujeron reformas que cambiaron el sistema de peonaje por relaciones salariales modernas. Asimismo, se expandió la intervención del Estado en el control de la producción de henequén. Ese control se dio en un momento favorable, pues hubo un incremento de ventas de la fibra al extranjero debido al impacto que en el mercado tuvo la Primera Guerra Mundial. En ese *boom* económico se extendió la práctica del béisbol entre los sectores populares, al igual que continuó una pujante profesionalización de este deporte. Sin embargo, fue con el revolucionario socialista Felipe Carrillo Puerto, entre 1920 y 1924, que se impulsó ampliamente el deporte entre los grupos rurales, bajo el lema de llegar “hasta los pueblitos”.⁴⁰ Se trató de una etapa que coincidió con el inicio del arraigo del deporte entre las clases populares en el país, justo en el periodo presidencial de Álvaro Obregón.⁴¹ Durante el gobierno de Carrillo Puerto el béisbol fue central en la movilización popular para llevar a cabo reformas sociales y fue constitutivo de un programa de modernización que buscó amalgamarse a la recuperación cultural de tradiciones mayas, basadas éstas en la recreación de mitologías y simbolismos ancestrales.⁴²

Del mismo modo que en Yucatán, la influencia del béisbol cubano fue determinante para su difusión en Veracruz. Félix Báez-Jorge⁴³ hace

⁴⁰ JOSEPH, 1988, p. 49.

⁴¹ JOSEPH, 1988, p. 42.

⁴² En Tabasco, en los años veinte, Tomás Garrido Canabal inscribió con motivos políticos proselitistas al beisbol en la Campaña de Pro-educación Física Estética; también en esa entidad la práctica de ese deporte se dio por el interés de la elites desde el último tercio del siglo XIX. ÁVALOS GÓMEZ, 2004.

⁴³ BÁEZ-JORGE, 2002, p. 433.

un extraordinario recuento de esa repercusión. Destaca la presencia de equipos de la isla que exhibieron su maravilloso juego y la incorporación de muchos de sus peloteros en los equipos profesionales de la entidad. Bernardo García Díaz⁴⁴ indica que, a diferencia de Yucatán, donde fue una actividad cultivada por las clases altas, el béisbol fue desde un principio un patrimonio de los grupos populares. Esto se debió en buena medida a la influencia cubana, lo cual se reflejó en el que fue el primer equipo importante, el Águila de Veracruz, que tuvo como manager al cubano Agustín Verde Naranjo. García Díaz⁴⁵ asocia también el desarrollo de este deporte entre los trabajadores a los proyectos de modernización llevados a cabo desde finales del siglo XIX. En efecto, esa popularidad fue patente en lugares como Córdoba. En ese sitio, donde se concentró una clase trabajadora heterogénea, debido a la naturaleza de su agroindustria basada en la producción de café, azúcar y alcohol, así como por su preponderancia como centro comercial, a través de empresarios como Lázaro Penagos (fundador del equipo Córdoba) se impulsó el béisbol y, pronto, este deporte tuvo un auge masivo.⁴⁶

Como en Yucatán y Veracruz, en el suroeste de Puebla, abarcando las regiones de Izúcar y Atlixco, el béisbol ha sido también un poderoso vehículo para el forjamiento de nuevas subjetividades y una pieza clave en los laberínticos ensambles regionales de poder. Del mismo modo, aunque contrastando con la ideología seguida por Carrillo Puerto, la presencia también de liderazgos y hombres fuertes (William O. Jenkins, Antonio J. Hernández, Jorge Pasquel, Lázaro Penagos, Eleazar Camarillo, Martín Juárez) fueron centrales para la materialización regional de patrones de acumulación y formación del Estado.

El béisbol, una práctica recreativa y aparentemente banal desde el punto de vista político, es una pieza clave en la constitución de la historia moderna de México. Puede verse como una efectiva tecnología de poder en la renovación moral y la reforma cultural que propugnaron los arquitectos del régimen posrevolucionario, pero también exhibe el carácter conflictivo

⁴⁴ GARCÍA DÍAZ, 2002, p. 316.

⁴⁵ GARCÍA DÍAZ, 1998.

⁴⁶ GONZÁLEZ ECHEVERRÍA, 1999, pp. 17-18.

y contencioso del lenguaje hegemónico. Más allá de percibir los rasgos autoritarios de los poderes regionales, fue factible apreciar a través de ese juego el despliegue de formas de identificación basadas en relaciones y categorizaciones.⁴⁷ Aunque se buscó desde arriba generar un sentido de unidad nacional mediante la creación del mestizaje cultural, que se reflejara en la creación categorías políticas —ejidatarios, sindicalistas, por ejemplo—, se desataron procesos de autoreconocimiento. Estos procesos tuvieron como punto medular la apreciación por parte de los sectores subalternos de su posición dentro de relaciones jerárquicas, así como la recreación de un sentido de reagrupamiento que el deporte ha impulsado localmente para conectar a diversas personas entre sí dentro de culturas regionales y globales. En este sentido, en una era globalizada, definida por la intensidad de flujos de personas, mercancías e ideas, asociada a un nuevo modelo de acumulación capitalista que forma trabajadores flexibles y con conciencias heterogéneas y fragmentadas, el béisbol conserva el rasgo de ser un vehículo para reagrupar. Dentro de la existencia de mercados laborales, basados en la conjunción de desigualdades de clase y raza, el béisbol es potencialmente más un medio de movilización colectiva y menos de creación de un ser pasivo y disciplinado como se supuso lo sería cuando se introdujo como tecnología de gobierno en el pasado.

BIBLIOGRAFÍA

- ABRAMS, Philip
1988 “Notes of the Difficulty of Studying the State (1977)”, *Journal of Historical Sociology*, March, vol. 1 núm. 1, pp. 58-89.
- ALONSO, Ana María
2005 “Territorializing the Nation and Integrating the Indian: Mestizaje in Mexican Official Discourses and Public Culture”, en Thomas Blom Hansen y Finn Stepputat (eds.), *Sovereign Bodies: Citizens, Migrants, and States in the Postcolonial World*, Princeton University Press, pp. 39-60.
- ARBENA, Joseph L.
1991 “Sport, Development and Mexican Nationalism, 1920-1970”, *Journal of Sport History*, vol. 18, núm. 3, pp. 350-364.

⁴⁷ COOPER y BRUBAKER, 2005, p. 71.

- ARBENA, Joseph L. y David G. LAFRANCE
 2002 "Introduction", en Joseph L. Arbena y David G. LaFrance (eds.), *Sport in Latin America and the Caribbean*, SRBooks, Wilmington, Delaware, pp. xi-xxxi.
- ÁVALOS GÓMEZ, Santiago
 2004 "Las primeras del béisbol en Tabasco, México", <http://www.1800beisball//Deportes/beisbol/>, consultado 8 de mayo, 2009.
- BÁEZ-JORGE, Félix
 2002 "Batazos sobre el mar... De Cuba a Veracruz en los spikes de Martín Dihigo", en Bernardo García Díaz y Sergio Guerra Vilaboy (coords.), *La Habana/Veracruz, Veracruz/ La Habana. Las dos orillas*, Universidad Veracruzana/Universidad de la Habana, México, pp. 427-447.
- BEEZLEY, William H.
 2004 *Judas at the Jockey Club, and the Others Episodes of Porfirian Mexico*, University of Nebraska Press, Lincoln.
- COOPER, Frederick y Rogers BRUBAKER
 2005 "Identity", en Frederick Cooper, *Colonialism in Question, Theory, Knowledge, History*, University of California Press, Berkeley, pp. 59-90.
- CORRIGAN, Philip y Derek SAYER
 1985 *The Great Arch. English State Formation as Cultural Revolution*, Basil Blackwell, Nueva York, 268 pp.
- CRIDER, Gregory S.
 1996 Workers Strategies during the "Institutionalization of the Revolution" in Atlixco, Puebla, Mexico, tesis de Doctorado, Universidad de Wisconsin, Adisom.
- DIRKS, Nicholas B.
 1994 "Ritual and Resistance: Subversion as a Social Fact", en Nicholas B. Dirks, Geoff Eley y Sherry B. Ortner (eds.), *Culture/Power/History. A Reader in Contemporary Social Theory*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, pp. 483-503.
- ECKSTEIN, Salomón
 1966 *El ejido colectivo en México*, trad. del inglés por Carlos Villegas, FCE, México, 511 pp.
- GAMBOA OJEDA, Leticia
 2001 *La urdimbre y la trama. Historia social de los obreros textiles de Atlixco, 1899-1924*, FCE/BUAP, México, 425 pp.
- GAMBOA, Leticia y Estela MUNGUÍA
 1981 "El fracaso de la Convención Industrial Obrera del Ramo Textil (1925-1934)", *Boletín del Centro de Investigaciones Históricas del Movimiento Obrero*, vol. 2, núm. 3, pp. 29-67.

GARCÍA DÍAZ, Bernardo

1998 “El rescate y conservación de la estación del ferrocarril de Santa Rosa, Veracruz y la creación del Museo Comunitario, *Boletín Patrimonio Industrial*, julio, núm. 3.

2002 “La migración cubana a Veracruz, 1870-1910”, en Bernardo García Díaz y Sergio Guerra Vilaboy (coords.), *La Habana/Veracruz, Veracruz/ La Habana. Las dos orillas*, Universidad Veracruzana/ Universidad de La Habana, México, pp. 297-319.

GÓMEZ CARPINTEIRO, Francisco Javier

1988 *Los días eran nuestros... Vida y trabajo entre los obreros textiles de Atlixco*, IMSS/UAP/SEP, México, 188 pp.

GÓNZÁLEZ ECHEVERRÍA, Roberto

1999 *The Pride of the Havana. A History of Cuban Baseball*, Oxford University Press, Nueva York, 463 pp.

GONZÁLEZ GÓMEZ, Cesar Augusto

2009 “Jorge Pasquel y la liga cubana: su influencia en la integración racial de las Ligas Mayores”, <http://www.salondelafama.com.mx>, consultado el 6 de noviembre, 2009.

HART, John Mason

2002 *Empire and Revolution. The Americans in Mexico since the Civil War*, University of California Press, Berkeley, Los Angeles/Londres, 688 pp.

JOSEPH, Gilbert M.

1988 “Forging the Regional Pastime: Baseball and Class in Yucatan”, en Joseph L. Arbena (ed.), *Sport and Society in Latin America. Diffusion, Dependency, and the Rise of Mass Culture*, Greenwood Press, pp. 29-61.

JOSEPH, Gilbert M. y Daniel NUGENT (comps.)

2002 *Aspectos cotidianos de la formación del Estado. La Revolución y la negociación del mando en el México moderno*, Era, México, 292 pp.

KROEBER, Clifton B.

1994 *El hombre, la tierra y el agua. Las políticas en torno a la irrigación en la agricultura de México, 1885-1911*, CIESAS/IMTA, México, 332 pp.

LAFRANCE, David G.

2002 “Labor, the State, and Professional Baseball in Mexico in the 1980s”, en Joseph L. Arbena y David G. LaFrance (eds.), *Sport in Latin America and the Caribbean*, SRBooks, Wilmington, Delaware, pp. 89-115.

PALACIOS, Guillermo

1999 “Lectura, identidad campesina y nación: el proyecto socio-cultural de *El Maestro Rural* en inicios de los años treinta”, en José Eduardo

- Zarate Hernández (ed.), *Bajo el signo del Estado*, El Colegio de Michoacán, Zamora, Michoacán, pp. 35-53.
- PANSTERS, Will
 1992 *Política y poder en México. Formación y ocaso del cacicazgo avilacamachista en Puebla, 1937-1987*, trad. del inglés por Willy de Winter, Centro de Estudios Universitarios, BUAP, Puebla, 342 pp.
- PAXMAN, Andrew William
 2008 “William Jenkins, Business Elites, and The Evolution of Mexican States: 1910-1960”, tesis de Doctorado, University of Texas at Austin.
- ROCKWELL, Elsie
 2007 *Hacer escuela, hacer estado. La educación posrevolucionaria vista desde Tlaxcala*, El Colegio de Michoacán/CIESAS/CINVESTAV, México, 406 pp.
- RONFELDT, David
 1975 *Atencingo. La política de la lucha agraria en un ejido mexicano*, trad. del inglés por Mónica Hanson, FCE, México, 278 pp.
- ROSEBERRY, William
 2002 “Hegemonía y lenguaje contencioso”, en Gilbert M. Joseph y Daniel Nugent (comps.), *Aspectos cotidianos de la formación del Estado. La Revolución y la negociación del mando en el México moderno*, Era, México, pp. 213-226.
- ROTH-SENEFF, Andrew
 2008 “Reseña al libro Gente de azúcar y agua: modernidad y posrevolución en el suroeste de Puebla”, *Inventario Antropológico*, El Colegio de Michoacán/ICSyH-BUAP, México, vol. 8, pp. 122-127.
- SCOTT, James C.
 1990 *Domination and the Arts of Resistance. Hidden Transcripts*, Yale University Press, New Haven, 269 pp.
- SIMPSON, Eyley
 1937 *Ejido. Mexico's Way Out*, The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 849 pp.
- SITIO OFICIAL DE PERICOS DE PUEBLA
 2009 Sitio Oficial de Pericos de Puebla <http://www.peridosdepuebla.com.mx/>, consultado 2 de noviembre.
- VAUGHAN, Mary Kay
 2000 *La política cultural en la revolución. Maestros, campesinos y escuelas en México, 1930-1940*, FCE/SEP, México, 405 pp.